

¿Cómo he de ir con fe no escasa
á ver tus ojos serenos,
si hay cien pasos por lo menos
desde mi casa á tu casa?

Y ¿qué pasa
al hallarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
yo lo mismo.
El no ir, por consiguiente,
¿es virtud ó es egoísmo?

Verbi gratia, el otro día,
al verte de mi amor harta,
puse un bostezo de á cuarta
entre un «paloma» y un «mía».

Es falsía
la de bostezar amando;
mas si hoy, con más pulcritud
y quietud,
no he ido á amar bostezando,
¿fué egoísmo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
á tomar, Flora, el sereno;
si es por *egoísmo*, bueno;
y si es por *virtud*, también.

Sí, mi bien:
esto haré por mi salud,
aunque diga tu cinismo
que es lo mismo
la gloria de la virtud
que el triunfo del egoísmo.

IX

PROPÓSITOS VANOS

Nunca te tengas por seguro en
esta vida.
(KEMPIS, LIB. I, CAP. XX.)

—Padre, pequé, y perdonad
si en mi amorosa contienda
se lleva el viento, á mi edad,
propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR

—¡Siempre es viento
á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

LA PENITENTE

—El *mismo* del otro día.
Y, aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer predicando
fray Modesto,
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristán,
y en vez de correr al templo
corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR

—¡Triste don,
correr tras su perdición!...

LA PENITENTE

—Sí, señor; mas don tan vil,
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
más que á misa;
que el diantre á todas, sin duda,
nos avisa
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él... como una muerta.

EL CONFESOR

—¡Dulcemente
fascina así la serpiente!

LA PENITENTE

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!

Si voy, cuando muera, al cielo
 (que lo dudo),
 ya contaré que en el suelo
 nunca pudo
*sernos útil la más pura
 contrición,
 si abona nuestra ternura
 flaquezas del corazón.*

Y mañana ¿qué he de hacer,
 padre, al sonar la campana,
 si él me dice hoy, como ayer:
 «Vuelve á la huerta mañana»?

EL CONFESOR

—¡Ay de vos!
 ¡Antes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTE

—Es cierto, mas entre amantes
 no siempre suele ser antes.
 Y, en fin, si de ser cautiva
 me arrepiento,
 ó me absolvéis mientras viva,
 ó presiento
*que es inútil la más pura
 contrición,
 si abona nuestra ternura
 flaquezas del corazón.*

X

LA CIENCIA DE LA VIDA

Amargando tu existencia
 de tu corazón en daño,
 ya te enseñará esta ciencia
 el libro «de la Experiencia»,
 página «del Desengaño».

(E. FLORENTINO SANZ)

Seguid: veremos á qué luz impura
 del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO

—Mas ¿quién, desengañado, no adivina
 de la vida el horóscopo fatal?

Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
 ¡Dios los da al hombre por amor profundo!
 Después se augura un mal, porque, en el mundo,
tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO

—Si á un triste le auguráis su estrella,
 algún placer le auguraréis mintiendo;
 que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
 la esperanza, aun sufriendo, es celestial.

Y si su suerte predecís acaso
 á los que mira compasivo el cielo,
 hacedles ver que, en la orfandad del suelo,
tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO

—Sabréis mi dolorosa ciencia
 si grabáis en la mente con empeño
 que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*
 que el mal, sólo por serlo, *es inmortal.*

Que nunca falta una ilusión gloriosa
 que alegre una existencia maldecida,
 y que en la paz de la más dulce vida,
tarde ó temprano es infalible el mal.

XI

VANIDAD DE LA HERMOSURA

A Octavia

Ni amor canto, ni hermosura,
 porque ésta es un vano aliño
 y, además,
 aquél una sombra oscura.

OCTAVIA

—¿No es más que sombra el cariño?

—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA

—¿Nada más son que ceniza?

—*Nada más.*

Y, en tu contento no escaso,
¿qué dirás qué es el contento,
qué dirás?

OCTAVIA

—¿Nada más que viento acaso?

—Nada más, niña, que viento;
nada más.

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones:
¡nada más, luz de mis ojos,
nada más!...

XII

VIVIR ES DUDAR

Si vivir no es dudar, prenda querida,
decidme, en mal tan fuerte:
*¿es el fin de esta vida nuestra muerte,
ó es la muerte el principio de otra vida?*
Porque es nuestra existencia
turbio fanal de inescrutable esencia,
pues, cual luz mortecina,
sólo bordes de sombras ilumina.
Siguiendo la esperanza,
quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
si el aire sombra hiciera,
como la sombra de los aires fuera.
Lloramos la partida
de esta que vuela inconsolable vida,
y es en la humana suerte
la vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
preludios son de venideros llantos;
que es del dolor la puerta
la que el gozo al pasar nos deja abierta.
El mayor bien gozado
jamás es grande, hasta que ya es pasado,
pues sólo en la memoria
es grande, al parecer, la humana gloria.
Y en tan vil confusión, prenda querida,
nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,
*si es el fin de esta vida nuestra muerte,
ó es la muerte el principio de otra vida.*

XIII

PODER DE LA BELLEZA

¡Me caso! Yo, que odio eterno
siempre profesé á este paso,
como á un paso del infierno,
ya cándidamente tierno...
¿podréis creerlo? ¡me caso!
Y pues ya amo á una mujer
(siento decir que no miento),
justo es que cante, y lo siento,
de la belleza el poder.

Yo, que amante meritorio
llevé en España mi ardor
de un jolgorio á otro jolgorio
haciendo el don Juan Tenorio
con doncellas de labor,
hoy mi indómita cabeza
á un yugo al fin se somete:
aquí dió fin el sainete...
¡oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
«No me da pena maldita
si tu pecho no me adora,
pues la mancha de una *mora*
con otra *blanca* se quita»,
peno por una mujer,
y (aparte) rabio de celos.
¡A tanto se extiende, cielos,
de la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
cada *cien días á ciento*,
¡ya hace *un mes* que mi querida
es aliento de mi vida,
es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza,
es de treinta años emblema,
es la vida... es el poema
del poder de la belleza.

Con mi triste casamiento
(mis ex amadas, mi ex gloria),
¡ya nos arrebató el viento
tanto amor que ha sido historia,
tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
en esta vida traidora:
sólo es real, á cuartos de hora,
de la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
jugando al toma y al daca,
pelo, anillos, ni cadenas,
ni tantas cosas, tan buenas
para hacer nidos de urraca!

Y á fe que es necia flaqueza
que, ganado mil ventajas,
sólo estribe en zarandajas
el poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
haga á mi esposa, ó Dios la haga
no pedir cuentas de atras;
pues *si el que la hace la paga*,
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiación llega á haber,
siendo, cual la muerte, fuerte,
es horrible, cual la muerte,
de la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
dad á tanto error disculpa;
perdonad mi desvarío:
*¡por mi culpa, padre mío;
por mi grandísima culpa!*

No os venguéis de quien, si empieza
cantando la palinodia,
loa en tono de salmodia
el poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
se concretarán, Dios mío,
á tener en adelante
una mujer que me espante
las moscas en el estío.

No extrañéis que cual placer
el no *ver moscas* os nombre,
que á tal punto humilla al hombre
de la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusión,
pide perdón y perdona
á cuantas fueron y son...
desde Lisboa á Pamplona,
desde Sevilla á Gijón.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,
ó empieza mi mal acaso:
de cualquier modo, ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

XIV

TODO SE PIERDE

Rosa, ¿conque perdiste
la flor encantadora
que la noche te di de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
la flor vaya en buen hora,
si fué sólo la flor, Rosa, perdida;
mas esto me convida
(perdona) á que recuerde
que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
baja, y verás con lágrimas tus ojos;
ya indócil se resiste
al corsé tu cintura
sube al cuello después, y... ¡ay, qué despojos!
El ver seco da enojos,
árbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
perdí un día la llave,
y cuanto en él guardé perdí con ella.

Ilusiones amantes,
toda la villa sabe
que para ti guardaba, Rosa bella.
Mas ¡cuán tarde mi estrella
hizo que al fin recuerde
que *todo* (¿no es verdad?) ¡*todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi ternura?
De la flor que te di, dime, ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
lo mismo que (¡oh tristeza!)
mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
que, sin que uno se acuerde,
todo se pierde, ¡oh Dios! todo se pierde!

XV

LA COMPASIÓN

—Niña: ¿por qué desvelada
suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada;
sólo me siento hostigada
por las quimeras del sueño.
—El rostro, niña, sepulta
en la Holanda, que el espanto,
viendo las sombras, se abulta.
—Así derramaré oculta
entre sus pliegues, mi llanto.
—Pronto, la noche ahuyentando,
llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando,
que si ahora duermo soñando,
después soñaré despierta.
—¡Ay, que si el mundo ve ya
de una niña el mal profundo,
que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo,
para decirlo, tendrá.
—¿Y en qué livianas razones
estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
que, de una lira á los sonos,
alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
quedé traspuesta, y entonces
sonó un ruido á poco trecho
que ¡cuál llagaria el pecho,
cuando ablandaba los bronce!

Desperté á oírle, y la lira
no alegró la soledad;
y ahora mi pecho suspira
no sé si porque es mentira,
ó porque no fué verdad.

—Mas, ¿quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
si al proseguir su camino
puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mía,
cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un día
buscó albergue en nuestro techo
por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrojando,
húmedos ya sus despojos,
vino á la puerta llamando,
y yo se la abrí, mostrando
la compasión en los ojos.

—¿De cuánto acá se te alcanza
recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienadanza.
¡Bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria
cuando, la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
uno que á su ingrato bien
como á sus ojos quería,
mas no me contó que había
hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos,
conchas, cruces y regalos,
y mágicos amuletos
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño
en plática tan sentida,
que, cual si fuese befeño,
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre,
se fué la sombra espesando...

—Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma?

—Creí sus perfidias luego,
porque acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

—Y ¿fuiste, al rayar el día,
su ruta, niña, á inquirir?

—En vano fui, madre mía;
ya el sol derretido había
la nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
fui de lugar en lugar...

—Y ¿qué hallaste, desgraciada?

—Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día,
á escuchar su frenesí,
más ciega que él, te impelia?

—La *compasión*, madre mía...

—Y... ¿quién la tendrá de ti?

XVI

GORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió un ave que, rendida
al pie de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hacia la flexible rama,
que era el sostén de su nido,

—He aquí—dijo en su sorpresa—
la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pie de la cuna.

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,

añadió en su pensamiento:

—¿Cuánto las separa? —: *Un paso!*

—¿Y que media entre ambas? —: *¡Viento!*

XVII

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA

No eres más santo porque te
alaben, ni más vil porque te des-
precien. Lo que eres, eso eres.

(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
que ayer, alma de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,
ó no es cierto aquel capitulo
en que habla de ti la historia.

Pues dicen que hoy, imprudente,
después que la palma vió,
riéndose maldiciente
cierto galán exclamó:

—«Mal nuestra honradez se abona,
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcón.»

Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta cruel,
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
dice entre sí el vulgo ruin:

—Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardín.—

Mas tú niega el hecho, Elena,
porque, en materias de honor,
antes, el Código ordena,
ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de ti se atrevan,
siempre será necio intento
dudar de honras que se llevan
palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad,
que la virtud, en su esencia,
es *opinión* la mitad,
y otra mitad *apariencia.*

Palma ostenta, pues es uso;
que, aunque mentir no es prudente,
por algo Dios no nos puso
el corazón en la frente.

Nada á confesar te venza;
que engañar por el honor
es en los hombres *vergüenza*,
y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcón.

XVIII

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran.
Cuando allí tocando están:

¡din don, din dan!

tocan aquí en bronco son:

¡din dan, din don!

Allí un *vivo*, y aquí un muerto.

A tan monstruoso concierto,
labrando mis goces van,

¡din don, din dan!

su tumba en mi corazón:

¡din dan, din don!

¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!

¡Qué inútil es nuestro afán!

¡Din don, din dan!

¡Qué breves las dichas son!

¡Din dan, din don!

XIX

GLORIAS PÓSTUMAS

(A D. Nicomedes Pastor Díaz, con motivo de la falsa muerte de una amiga)

Aun el pesar me asesina
de cuando aquí por muy cierto
se dijo de CAROLINA
que (¡Dios nos libre!) había muerto.

El que menos
con ojos de espanto llenos,
—«¡Cuánto lo siento!»—exclamaba;
pero ninguno lloraba.

El que se muere, PASTOR,

ó se ausenta,

es *cero*, que olvida amor

en su cuenta.

Los que esperan fe en muriendo,

¡cuánto yerran!

Bueno ó malo, á lo que entiendo,

al que se muere lo entierran.

No hay ser que, al «¡Dios le perdone!»
con que hace al muerto un regalo,
si es su enemigo, no entone
el *Libera nos á malo*.

Cantan esto

los que no aman, por supuesto;

porque los que aman muy bien,

dicen: *Requiescat... Amén*.

Al que ama y no ama, igual pena

le acomete,

exceptuando alguna escena

de sainete.

Premio igual dan y reciben

los que quieren,

ya olvidando á los que viven,

ya enterrando á los que mueren.

Cuando más, los muy leales
nos recomiendan á Dios
con dos misas de *á seis reales*;
total, *cuartos* ciento dos.

Y aun dos misas

no son del todo precisas,

pues con una solamente

cubre un hombre el *expediente*...

¿Para qué, ansiando, vivimos

entre lloro,

y adquirimos y adquirimos

oro y oro,

si al fin un deudo allegado,

sin gemir,

entre un mal lienzo hilvanado

nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
un duro mi pecho gana.»

Así calcula sus males
nuestra condición humana.
¡Maldición
sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
que las muelas y los dientes?
¡Ay! di á tu amiga, PASTOR,
que, si muere
de nadie gloria ni amor
nunca espere;
pues, llenando el ataúd
do le encierran
con amor, gloria y virtud,
¡al que se muere lo entierran!

XX

VIVIR MURIENDO

Vivit, et est vitæ necius ipsa suæ
(OVIDIO)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos,
y, al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorrumpieron:
—¿Qué buscas aquí, perdida?—
dijo á la vida la muerte.
—¿Nació para ti, por suerte?—
dijo á la muerte la vida.
—Dios á mi eterna morada—
responde aquélla,—le envía.
—Soy, para entrarle en la mía,
dice ésta, de Dios enviada.
—Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida,—
claman á un tiempo las dos.
Y haciendo audaz cada una
presa en el mísero infante,
lleno de llanto el semblante
me levanté de la cuna.
Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía
si antes de nacer vivía,
ó si es que, al nacer, he muerto.
Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
 nombra desvelo á la vida
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van al alma mía
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando
como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
en breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confín de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida,
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
daré mi primer vagido,
ó por fortuna habrá sido
lecho de muerte mi cuna?

¿Si he muerto al nacer, por suerte,
¿á qué me asedia la vida?

Y si ésta aun no está cumplida,
¿por qué me asedia la muerte?

¿Adónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto, que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
de un abismo tan horrendo,
ó eternamente muriendo,
ó viviendo eternamente!

XXI

NADA DE NADA. — NADA POR NADA

Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.
(CANTAR)

—*Nada me importa.*—Al sentimiento extraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el «*no importa*» el propio daño,
sepulto en un «*¡paciencia!*» el daño ajeno.